§ III.

Muerte cristiana.

Vive de tal suerte, que si te sorprende la muerte te encuentre siempre dispuesto.

El que cumple bien con sus obligaciones, se prepara diariamente para la muerte y la puede ver llegar sin temor.

Suena la hora, el tiempo ha cesado para el justo; él va á pedir á Dios su recompensa. Es un hijo que viajaba y que vuelve al lado de su padre.

Nada perturba su fin; es la tarde de un hermoso dia.

El suicidio es un crímen tanto mas grande, cuanto que implica la impenitencia final.

No puede un soldado, sin deshonor y sin crímen, abandonar el puesto en que su gefe le ha colocado: y piensas tú tener derecho á abandonar sin órden de Dios el punto de vista en que te ha colocado? (Varios autores.)

CUADRO DE LA MUERTE DEL JUSTO.

Venid á ver el espectáculo mas bello que puede presentar la tierra: venid á ver la muerte de un fiel. Un sacerdote sentado á su cabecera, le consuela. Este santo ministro, habla con el agonizante de la inmortalidad de su alma, y la sublime escena que la antigüedad entera solo ha bosquejado una vez en el primero de sus filósofos moribundo,

POSADA.

Da al anciano su pequeña bolsa (Pajina) 251

(1) se renueva diariamente en el humilde lecho del último de los cristianos que espira.

Llegó el momento supremo; un sacramento abrió á este justo las puertas del mundo y un sacramento se las va á cerrar; la religion le mece en la cuna de la vida; sus bellos cantos y su mano maternal lo harán tambien dormirse en la cuna de la muerte. Ella prepara el bautismo de este segundo nacimiento; pero no es agua lo que ahora escoge, sino aceite, emblema de la incorruptibilidad celestial. El sacramento libertador, puede decirse, que rompe las ataduras del creyente. Su alma, medio desprendida de su cuerpo, se hace casi visible en su semblante. Ya escucha los conciertos de los serafines; ya está pronto para volar hácia las regiones á donde le invita esta esperanza divina, hija de la virtud y de la muerte. Entre tanto, el ángel de la paz, bajando á donde está el justo, toca con su cetro de oro sus cansados ojos y los cierra dulcemente á la luz. Muere, y no se ha oido su último suspiro; muere, y mucho tiempo despues que dejó de existir, permanecen sus amigos silenciosos al rededor de su cama, porque piensan que está durmiendo aún: tan dulcemente ha espirado este cristiano!

LOS MARTIRES DEL CRISTIANISMO.

Era la piedad de los primeros cristianos tan fervorosa y tan pura, que no se puede admirar suficientemente. En menos de tres siglos, gracias á la influencia de sus ejemplos, así como á la de su doctrina, las tinieblas de la idolatría fueron disipadas y el culto del verdadero Dios establecido en todo el universo.

Persecuciones innumerables se suscitaron contra la Iglesia naciente. No opusieron los fieles á la tiranía otras armas que la paciencia y la constancia: nunca el exceso de la injusticia pudo impulsarlos á la rebelion; pero tampoco pudieron nunca los mas crueles suplicios intimidar su fé.

No es posible calcular el número de estos héroes, que, desafiando

(1) Alusion á la muerte de Sócrates, célebre filósofo Ateniense.

los tormentos que solo imaginados hacen estremecer, recibieron con una santa alegría la corona del martirio.

El primero de los mártires fué el apóstol S. Estévan. Llevároulo fuera de Jerusalen para apedrearlo. Las únicas palabras que profirió su moribunda voz, fueron una súplica por sus enemigos. "Oh, Dios mio, dijo: no les imputeis este pecado!"

Pocos años despues el apóstol Santiago fué denunciado como cristiano y condenado á perecer al filo de la espada. Mientras caminaba al suplicio, lleno de valor y de esperanza, fué detenido un instante por un hombre que echándose á sus piés, inundado en lágrimas, le pedia perdon: era el que le habia denunciado. El apóstol le levanta y le abraza. "Sí, yo te perdono, le dice; tu arrepentimiento borra tu falta. ¡Seas bendito! Quiera aquel á quien me voy á reunir en los cielos, iluminarte con su luz!

Tales fueron los sentimientos de que estuvieron animados todos aquellos generosos defensores de la fé, que durante tres siglos sellaron con su sangre la verdad del Evangélio: grande amor de Dios, ardiente caridad con todos los hombres.

Entre una multitud de interesantes ejemplos, citaremos solamente los de S. Arcadio y de Santa Perpétua.

Durante una violenta persecucion contra los cristianos, Arcadio abandonó su casa y se fué á ocultar en una profunda soledad, en donde servia á Dios en silencio. Habiendo entrado los perseguidores á su casa, encontraron en ella á uno de sus amigos, que ademas era su pariente inmediato. Redujéronle á prision, y le manifestaron que lo tendrian allí hasta que declarara en qué lugar se habia ocultado Arcadio. Informado este de lo ocurrido, salió al instante de su retiro y fué á presentarse al gobernador. Si es por causa mia le dijo, por lo que teneis preso á mi pariente, yo mismo vengo á entregarme en vuestras manos. Dadle libre y disponed de mi suerte.

Mandó entonces el gobernador poner en libertad al preso y empleó todos los medios posibles para obligar á Arcadio á que sacrificara á los ídolos. Se resistió él á las seducciones y amenazas: por fin sufrió

el martirio y tuvo la doble gloria de ser á un mismo tiempo martir de la fé cristiana y de la amistad.

La misma Santa Perpétua hizo una relacion de la persecucion que esperimentó y la continuó hasta la víspera de su muerte. Este relato es de una patética sencillez. Habia recibido ella el bautismo sin saberlo su padre que hizo vanos esfuerzos para apartarla de las verdades que tenia él la desgracia de desconocer. Tenia en este tiempo un hijo de pecho. Hé aquí cómo refiere lo que le aconteció.

"Pocos dias despues de mi bautismo, fuí reducida á prision, la que al principio me horrorizó, porque nunca habia yo visto semejante oscuridad, y sufria mas aún por mi hijo. Pero muy pronto me sentí reanimada; la cárcel se me convirtió en un palacio y me sentia feliz sufriendo por la fé. Muy pronto circuló el rumor de que debíamos ser interrogados: mi padre vino á la prision, y lleno de tristeza me decia: "Hija mia, ten compasion de mis canas, apiádete de tu padre." Estaba yo penetrada del dolor que él esperimentaba: yo lloraba con él; pero Dios sostenia mi valor. Díjele por consolarle: "Será lo que Dios quisiere; porque, sabed padre mio, que nosotros no somos dueños de nosotros mismos, sino que estamos sometidos á su poder." Llevóse á mi hijo para encargarse de él. Nos vinieron á buscar la siguiente mañana para hacernos el interrogatorio, y fuimos conducidos á la plaza pública. Habiéndose propagado el rumor de este suceso en los cuarteles vecinos, se reunió una grande multitud de gente.

Algunas otras personas fueron interrogadas antes que yo, y declararon que perseveraban en la fé; luego se dirigieron á mí: en ese momento se presentó mi padre, trayendo consigo á mi hijo, lo que me mortificó. Acercóse á mí, me conjura que tenga lástima de mi hijo. El juez me dijo: "Conservad la vejez de vuestro padre; tened compasion de la tierna edad de vuestro hijo, sacrificando á los dioses."— "Nó, contesté, soy cristiana." Entonces mi padre hizo un esfuerzo para llevarme consigo y el juez mandó que le hicieran salir. Luchaba mi padre y recibió un varaso, el que sentí como si me lo hubieran dado á mí. Tanta pena me causó, que lloré al ver á mi padre maltratado en su vejez por causa mia. Pronunciaron en ese momento nuestra sentencia,

condenándonos á ser todos expuestos á las fieras. Nosotros volvimos á la prision alabando á Dios."

Concluye Santa Perpétua su relacion con las siguientes palabras: "Hé aquí lo que hice hasta la víspera del espectáculo; algun otro escribirá, si quiere, lo que en él pasará."

¡Cuanto valor brillaba en esta narracion; qué angelical dulzura y qué heróica tranquilidad!

MUERTE DE SAN LUIS. 1270.

Luis IX habia ido á sitiar á Túnez. La peste se propagó en su ejército, diezmado ya por continuos combates y devorado por el sol del Africa. Esperábase de Sicilia con tropas y víveres, á Cárlos de Ajou hermano del rey; pero Cárlos no llegaba.

Ya el rey habia visto morir en sus brazos á uno de sus hijos. Sintióse él mismo herido, y conoció, desde luego, que el golpe era mortal. Sin embargo, procuró disimular su mal y ocultar el dolor que le causaba la muerte de su hijo. Veíasele, aunque con las señales de la muerte sobre su semblante, visitar los hospitales, vigilar por la seguridad del campamento, manifestar al enemigo un aspecto intrépido, ó sentado en frente de su tienda lo mismo que debajo del encino de Vincenes administrara la justicia á sus súbditos.

Felipe, primogénito y sucesor de Luis, no dejaba ni un momento á su padre, á quien veia aproximarse á bajar al sepulcro. El rey por fin tuvo que permanecer sin salir de su tienda, y entonces, no pudiendo ya ser útil por sí mismo á sus pueblos, procuró asegurarles su dicha futura dirigiendo á Felipe tiernas recomendaciones que ha conservado la historia y que son las lecciones mas bellas que pueden dirigirse á los gefes de las naciones. Escribió este documento sobre su lecho de muerte. Un autor antiguo ha visto un manuscrito que parece haber sido el original de esta instruccion. La letra era grande pero desigual, revelando la falta de aliento de la mano que habia marcado la expresion de una alma tan fuerte.

Crecia la enfermedad, y Luis pidió la extrema-uncion. Respondió á las oraciones de los agonizantes con una voz tan firme como si hubiera estado dando sus órdenes en el campo de batalla. Se arrodilló al pié de su cama para recibir el sagrado viático, y fué menester sostenerle de los brazos en esta última comunion, despues de la cual hizo á un lado todos los pensamientos terrenos y se creyó libre de las obligaciones que habia tenido para con sus pueblos. ¡Ah! ¿Qué monarca habia cumplido jamas mejor sus deberes? En la mañana del lúnes 25 de Agosto, conociendo que su hora se acercaba, mandó que le tendieran sobre un lecho de ceniza, en el que permaneció estendido, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos levantados hácia el cielo.

El campamento de los franceses ofrecia la imágen del mas terrible dolor: ningun ruido se escuchaba en él; los soldados moribundos salian de los hospitales y se reanimaban para acercarse á su rey espirante. Por fin, hácia las tres de la tarde, el rey, dando un profundo suspiro, pronunció distintamente estas palabras: "Señor, entraré en vuestra morada y os adoraré en vuestro santo templo;" y voló su alma al santo templo que era digna de habitar.

En este momento se oyó sonar la trompeta de las tropas de Sicilia: llega su escuadra llena de alegría y cargada de inútiles socorros. No se contesta á la señal. Admírase Cárlos de Anjou y comienza á temer alguna desgracia. Llega á la plaza y ve á los centinelas con la lanza vuelta hácia abajo, manifestando su dolor menos por medio de este signo militar, que por el abatimiento de su semblante. Vuela á la tienda de su hermano, y lo encuentra muerto sobre la ceniza. Echase sobre los sagrados restos, los baña con sus lágrimas, besa respetuosamente los piés del Santo y manifiesta las mas vivas señales de ternura y de pesar. Aun conservaba la cara de Luis todos los colores de la vida y hasta estaban sus lábios encarnados.

No pudiendo consolarse la Francia de haber perdido sobre la tierra tal monarca, lo declaró su protector en el cielo. Colocado Luis en el número de los Santos, vino á ser de este modo para la Francia, una especie de rey eterno.

ULTIMOS MOMENTOS DE UN ANCIANO.

Ved aquí cómo describe Bossuet los últimos instantes de un piadoso anciano.

¿Qué es lo que aquí veo? La verdadera fé que por una parte no se cansa de sufrir, verdadero carácter de un cristiano; y por otra, no procura mas que deshacerse de las tinieblas, y disipando la nube, cambiarse en pura luz y clara vision. ¡Oh momento feliz en que saldremos de las sombras y de los enigmas para ver la verdad patente. Corramos con ardor, apresurémonos á pacificar nuestro corazon, para ver á Dios segun la promesa del Evangélio. ¡Momento dichôso, quien no te desea no es cristiano! Despues de que este piadoso deseo es inspirado por el Espíritu Santo, en este anciano lleno de fé; ¡qué otra cosa falta, si no es que vaya à gozar del objeto que ama? Dispuesto á entregar el alma, comienza el himno de las divinas misericordias. "Cantaré, dice, eternamente, las misericordias del Señor." Espira al pronunciar estas palabras y continúa con los ángeles el sagrado cántico.

CRIMEN Y LOCURA.

Han atrevídose algunos filósofos de la antigüedad á hacer la apología del suicidio, y sin embargo, nada puede disculpar este momento de desesperacion.

El suicidio es un acto de rebelion contra Dios, y por lo mismo, es un horrible crímen.

Dicen los que quieren legitimarlo que, cuando no se hace mal á los demas, no hay culpabilidad. ¡Qué razonamiento tan falso! Resulte ó nó perjuicio á otro, hay culpa siempre que se quebrante la ley de Dios. Consiste este crímen en la rebelion considerada en sí misma y no en las consecuencias que puede traer. Pero es falso asegurar que por esta accion criminal no se daña á otro, porque el ejemplo que se dá causa siempre un mal inmenso en la sociedad.

El desgraciado que se deja arrastrar á este acto de desesperacion, dice: "Hago mal, lo conozco, convengo en ello, pero Dios es misericordioso y me perdonará."—¡Qué detestable error! Sí, la misericordia de Dios es infinita; pero hacer con todo conocimiento y voluntariamente lo que es contrario á su ley; y hacerse criminal contando anticipadamente con su perdon, es hacerse indigno de él.

"Pero, dice el suicida, ya no puedo soportar la vida, y soy disculpable al arrojar la carga." ¡Error y mentira! Puede respondérsele: ¡No podeis! decid que no quereis. Sean cuales fueren vuestras penas, os es siempre mas fácil emplear vuestra fuerza moral en sufrirlas, que abusar de esta misma fuerza para volver sobre vos una mano criminal.

PROPUESTA IMPIA
JUSTA Y PIADOSA OPOSICION.

Un hombre de ilustre nacimiento habia sido injustamente condenado á muerte, á consecuencias de conmosiones políticas. Esperaba la hora de la ejecucion, cuando uno de sus parientes, despues de obtener permiso para verle, entró á la cárcel y le dijo: "Vengo, amigo querido, á darte la última prueba de mi amistad. No, tú no morirás en un ignominioso suplicio. He encontrado medio de librarte de él, toma lo que te ofrezco.

Y diciendo estas palabras le presentó un veneno. Toma de aquí, añadió, el socorro que en la antigüedad ha librado á tantos filósofos de la rábia de los tiranos."

¡Oh amigo mio, respondió el sentenciado, qué es lo que te atreves á proponerme! ¿Olvidais que soy cristiano? ¿Tengo acaso derecho á mi propia vida? ¿Soy dueño de quitármela? ¿Cómo me atrevería á comparecer delante de Dios, cargado con semejante delito?

Pero irritado el otro dijo: "Piensa pues en la vergüenza de un público suplicio!....

La vergüenza consiste en violar las leyes de Dios, y el honor en observarlas. Seria yo rebelde á esta santa ley si me libertara, por

medio de un delito, de la estrepitosa desgracia que me está reservada. Me hablas de los filósofos de la antigüedad; pero ellos elevaban su alma por la contemplacion de sus propias fuerzas, y los cristianos tienen un testigo ante el cual conviene vivir y morir. Los filósofos colocaban el suicidio entre las cosas permitidas, y por su medio se sustraian al poder de los opresores; la fé cristiana lo condena y no aprecia sino el sacrificio que nos somete á las disposiciones de la Providencia."

Entonces su amigo le abrazó inundado en lágrimas: "Te doy las gracias, le dijo, por esta última leccion que me acaba de dar tu virtud; olvida la desgraciada propuesta que tuve la debilidad de hacerte. Ignoro si á mi vez tendré que quejarme de la injusticia de los hombres; pero lo que yo al dejarte te prometo, es, que nunca voluntariamente quebrantaré la ley de Dios."

ULTIMO PRESENTE DE UNA HERMANA.

Una Señora que estaba moribunda en la flor de su edad, envió como regalo á su hermana un ejemplar del Nuevo Testamento, de que se servia habitualmente, con esta carta:

"Hermana mia, mi querida Catarina; te remito un libro que en lo esterior no está enriquecido con adornos, pero cuyo interior vale mas sin comparacion, que el oro y las piedras preciosas; es el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Si lo lees con un espíritu humilde y dócil, él te conducirá á la única felicidad que merece este nombre, al goce de la vida eterna; él te enseñará á vivir y á morir bien. Por su medio adquirirás riquezas que nadie te podrá robar. Pide con ardor, como David, la inteligencia de esta ley santa y la gracia de proceder en conformidad con ella. Desde este momento, prepárate para la última hora, pues los jóvenes lo mismo que los ancianos, pueden con igual presteza ser arrebatados por la muerte, si Dios los llama. No llores por mí, mi muy querida hermana, alégrate mas bien conmigo, porque voy á pasar de la corrupcion á la incorruptibilidad, pues tengo la firme esperanza de que por la pèr-

dida de esta vida, que solo dura un momento, ganaré aquella que nunca se acaba y á la que ardientemente deseo que entres un dia conmigo. En esta esperanza, te conserve el Señor para que vivas y mueras en su santo temor, y que permanezcas sin interrupcion en la integridad de una vida cristiana. Adios, hermana mia, pon toda tu confianza en aquel que es nuestra única fuerza!"